

LA CULTURA DE AL-ANDALUS

Curso del arabista Emilio García Gómez

Trazar una síntesis de la historia y literatura de la España musulmana durante la ocupación árabe, en sus tres focos principales —Córdoba, Sevilla y Granada—, ha sido el propósito del ilustre arabista español don Emilio García Gómez, en un curso de tres lecciones que impartió del 7 al 16 de noviembre pasado en la sede de la Fundación Juan March, bajo el título general de *La cultura de Al-Andalus*. Ofrecemos a continuación un resumen del mismo.

La invasión árabe fue, en cierto sentido, una sorpresa y un gran silencio. En la historia española no existe otro silencio tan profundo como el que siguió a la invasión árabe, que acabó con la monarquía visigoda y se apoderó de casi toda la península, a pesar de no ser éste el propósito inicial de los árabes. El pueblo hispanorromano se volatilizó no dejando noticia alguna de él. Todo lo que nos queda es leyenda.

¿Quiénes eran esas bandas de beduinos, esas hordas o ejércitos improvisados que de golpe desbarataron las mejores provincias del imperio bizantino y pusieron fin al gran imperio sasánida? Los árabes no eran ricos, como creían los autores clásicos; y quizá uno de sus principales móviles para salir en busca de otras tierras fue la ambición de riqueza. Su sorprendente y fácil entrada en España se explica quizá por la ayuda que les prestarían los judíos, perseguidos por los visigodos. Al pueblo hispanorromano, que no veía con buenos ojos el dominio de la oligarquía visigoda, no le importaría demasiado cambiar de dueño.

CORDOBA, RESPALDO Y MODELO

¿Qué habría sido de España si hubiera seguido ocupada por los ára-



EMILIO GARCIA GOMEZ, de 73 años de edad, catedrático jubilado de Lengua y Literatura Arabes en la Universidad de Madrid, es miembro numerario de las Academias de la Lengua y de la Historia, doctor «honoris causa» por varias universidades árabes y europeas, y miembro de la Comisión consultiva de los Congresos Internacionales de Orientalistas. Entre sus obras, figuran *Todo Ben Quzmán*, *El collar de la paloma* y *Las jarchas romances de la serie árabe en su marco*.

bes? No creo que tal civilización hubiera durado mucho. Córdoba, primer gran foco de la invasión musulmana, cuya civilización duró casi tres siglos, había de seguir siendo, aún después de muerta, el respaldo de todo lo que quedaba por vivir a la España musulmana. El momento del Califato cordobés fue el más glorioso del Islam español y siguió sirviendo de modelo durante los restantes siglos de dominación.

La primera gran figura de este período califal es Abderrahmán I, único omeya que escapó a la matanza de los abasíes, y cuya figura es comparable a la de Eneas, si salvamos la diferencia que va entre lo legendario y lo real. Se instala en el Alcázar de los Califas de Córdoba y funda la dinastía omeya, que había de durar en España más de dos siglos. Abderrahmán I, desconfiando de todos, jugó con todos sus enemigos oponiéndolos unos a otros. Para protegerse acudió a los mercenarios extranjeros, traídos de la Europa Oriental («eslavos»), término del que lue-

go derivaría «esclavo») y que permanecieron fieles a la política omeya. En la dinastía omeya, como en las posteriores dinastías árabes, se da curiosamente un ritmo ternario en los gobiernos de una misma familia. El tercero de estos grupos de reyes omeyas, Abderrahmán III, se proclamó califa.

Las nueve generaciones de omeyas tuvieron que hacer frente, además de a las luchas dinásticas por la sucesión, a otros muchos problemas. El principal era el viento de fragmentarismo que soplabá sobre la península ibérica, no sólo dentro de la misma Andalucía, sino en las otras marcas: Aragón, Extremadura y Toledo, esta última, la antigua metrópoli visigoda, llena de mozárabes. Estos mozárabes, que se sentían fidelísimos a la tradición latina y cristiana, que tenían sus conventos e iglesias, admiraban, sin embargo, a los árabes. Persiste, con todo, el bilingüismo, siendo el árabe la lengua oficial. Tenemos una literatura romanceada en Andalucía, las *jarchas*, que constituyen el más claro ejemplo de la fusión de dos razas que pueda darse en una literatura. Hoy conocemos unas cincuenta *jarchas*, aunque no pertenecen todas a ese período del califato.

Abderrahmán III acabó con las marcas rebeldes, creó Medina Azara, maravillosa ciudad en piedra, y en su califato se produce un notable incremento cultural: la Biblioteca de Palacio tenía más de seiscientos mil volúmenes, y cobran una importancia extraordinaria los estudios filológicos. Córdoba era por entonces una de las ciudades más bellas del mundo.

La causa principal de la caída del califato omeya radica en la pura y simple razón de que Almanzor no tenía soldados; los andaluces no querían pelear. Por ello, se vio obligado a traer a los bereberes norteafricanos, quienes, tras la muerte de aquél, se sublevaron y dieron origen a veinticinco años de anarquía y destrucción.

Córdoba y Sevilla fueron rivales en la época árabe y quizá lo sigan siendo aún hoy, en alguna medida. Sevilla fue la capital, al comienzo de la invasión, luego lo fue Córdoba y, al caer el califato, la capitalidad volvería a Sevilla. Mientras Córdoba era

una ciudad austera y sobria, baluarte de la tradición y casa de las ciencias, Sevilla siempre tuvo —y sigue teniendo— un cierto aire de ciudad festiva y alegre.

SEVILLA: LOS REINOS DE TAIFAS

Recordemos que la caída del califato omeya se debió también al fragmentarismo y cantonalismo, que irán aumentando en este nuevo período sevillano con la creación de los llamados reinos de Taifas. Todo el equilibrio de razas y culturas que logró el califato omeya se disparó con una fuerza centrífuga dando como resultado todo un mosaico de pequeños estados árabes, bereberes, muladíes, «encastillados»... Es precisamente en estos reinos de Taifas donde han encallado las Historias generales de la España musulmana. Únicamente podría haberse salido de tal escollo escogiendo un personaje como eje. Menéndez Pidal lo vio en la figura de Alfonso VI, pero el hecho de tratarse de un rey cristiano ya suponía tomar partido, así como la imposibilidad de comprender la evolución propia del lado árabe.

Los tres principios que caracterizaron al califato omeya —la independencia política, la convivencia entre las distintas razas y la relación cultural con Oriente— cambian durante los reinos de Taifas. Se produce la fragmentación política, cada raza crea su propio reino y, en la relación con Oriente, se invierte el proceso: mientras los califas cordobeses hicieron construcciones españolas con ladrillos de Oriente, los reyes de Taifas intentaron hacer construcciones orientales con ladrillos españoles. Se cortó el incipiente aleteo cultural de la España musulmana. Los reyes de Taifas se arrogaron con toda impudicia los grandes títulos califales del Oriente.

Pasión común de estos reyes fue la poesía, que servía para todo —diplomacia, correspondencia, sátira, elogio, etc.—. Todos eran poetas que vivían en una especie de república romántica, época extraña en la que, sin embargo, no se hizo nada: una generación de artistas, de historiado-

res y de poetas que no fue superada después en toda la historia de la España musulmana. Entre los más destacados de estos reyes poetas figura Mutámid, que era la poesía misma, y cuyo exilio y muerte en Marruecos determinarían el sentimiento de melancolía y decadencia —sentimiento puramente occidental— que va a marcar a los poetas desde la invasión de los almorávides. Bajo el dominio de éstos, la independencia política se perdió totalmente y España se convirtió en una provincia árabe; los mozárabes empezaron a molestar, aunque siguió manteniéndose el bilingüismo; y la relación con Oriente se rompió.

Los almorávides fueron sustituidos por los almohades, experiencia que duró poco más de un siglo y bajo los cuales se dio un gran florecimiento de las ciencias: el filósofo árabe Averroes no tuvo ni continuadores ni contradictores entre los musulmanes. Sevilla, en aquel momento, era la metrópoli más bella del mundo, cantada por los poetas, con su Giralda y su Torre del Oro. Al igual que Córdoba, logró subirse al tren de la civilización occidental del gótico, y todo ese hermosísimo paréntesis árabe se perdió y olvidó de la manera más extraña.

GRANADA: NUEVO PARENTESIS HISTORICO

Granada fue el último reino y reducto de los árabes en España. Su toma por los Reyes Católicos consumaría la unidad de nuestro país y, de hecho, la historia moderna española debería empezar con ese acontecimiento. La reconquista de Granada tuvo una enorme resonancia internacional y en ella se vio la contrapartida de la toma de Constantinopla. Con ella se cerró un nuevo paréntesis histórico. Si con la invasión árabe se produjo la volatilización de un pueblo —el hispanorromano y visigodo—, que quedó sumido en el más completo silencio, con la toma de Granada se produjo un nuevo gran silencio, el del pueblo árabe, pero con una diferencia esencial, a mi juicio, y es que en la conquista de Granada por los cristianos predominó la sorpresa sobre el silencio, pues lo verdadera-

mente sorprendente fue que España fue el único país que logró salir del imperio islámico.

Frente a la Córdoba sobria y elegante, y a una Sevilla entre solemne y risueña, Granada se caracterizó, ya desde el tiempo de los árabes, por ser algo proclive al dramatismo y a la melancolía. El empalme de Granada con el arte cristiano no se hizo como en el caso de las otras dos ciudades, con el gótico, sino con el Renacimiento y aún con el Barroco. En la misma Alhambra, a la que se halla adosado el Palacio de Carlos V, podemos ver un maridaje entre dos elementos que bien pueden considerarse símbolos de lo que es España: el crepúsculo árabe que se desangró y el alba italiana que no llegó a crecer.

De este período granadino destaca el poeta Ben Quzmán, que vivió a mediados del siglo XI, en pleno dominio de los almorávides. De él conservamos una considerable colección de zéjeles, que yo he traducido y publicado (*Todo Ben Quzmán*), en un volumen, y que constituyen, juntamente con el *El collar de la paloma*, una de las piezas maestras de la literatura arábigo-española. Además del valor de su textura musical y su genial capacidad dramática, destaca en Ben Quzmán el uso deliberado de la lengua coloquial con un propósito artístico, algo no usual en un poeta que conocía perfectamente la lengua clásica oficial.

Granada, que de haber vivido más tiempo el rey San Fernando, habría durado muy poco, se erige desde fines del siglo XIII y principios del XIV en un protectorado español. Los árabes imitaban en todo a sus vecinos cristianos, y entablan con ellos una partida de ajedrez en la que irán perdiendo pieza a pieza hasta el jaque mate de Boabdil, en 1492. Granada, ese maravilloso reino sin historiografía, y del que sabemos por las crónicas, documentos y literatura cristiana, debía causar a los españoles un efecto deslumbrador. El año 1492 quedaría en la historia como el año de la consolidación de la unidad española y el del descubrimiento de América, como si esa campaña última contra los árabes hubiera simbolizado el presagio que conduciría a los españoles hacia un nuevo continente.